

Una nueva religión

Víctor Pliego

Las actuaciones de Enrique Iglesias o de Fangoria no son conciertos. Son los oficios litúrgicos de una nueva religión secreta, que ni siquiera recibe tal nombre. Quienes asisten a estos conciertos son mucho más que espectadores: son devotos. La proximidad física de sus ídolos despierta en ellos alaridos y olas de convulso fanatismo que les conduce al éxtasis. Individuos que en circunstancias normales presentan una apariencia insulsa e incluso necia, se abandonan a su lado más salvaje. La música es sólo un pretexto. A nadie parece importarle la calidad del sonido o la inteligibilidad de los textos. Todos los conocen de memoria y los musitan como una plegaria, sin necesidad de prestar oído al impresionante rugido que les envuelve. No van a “escuchar” el concierto sino a cumplir un acto de confirmación. La música que no escuchan los oídos es siempre superior. Ya lo decían Santa Cecilia y los Padres de la Iglesia.

La música es el producto cultural más apreciado, lucrativo y universal de nuestros tiempos. El ruido que nos rodea prolifera cumpliendo los augurios de Theodor W. Adorno y enriqueciendo a los mercaderes del arte. Las musiquillas de moda nos acosan, calándonos hasta la médula, querámoslo o no. La mezcla de estas músicas insidiosas, con un concurso y con un espectáculo televisivo se ha revelado como el gran éxito de la temporada. Es un fenómeno que ha logrado congregarse a quince millones de almas. César Strawberry, ex líder de Def Con Dos, piensa que “en un país de imbéciles es normal este fenómeno, que es la salvación no sólo de la industria discográfica, sino del sistema democrático español.” El espectáculo entretiene pero, según dicen, también enaltece los valores propios de nuestra era: el éxito rápido y fulgurante, el imperio de la tele, el individualismo, la fama, la demagogia, la sensiblería lacrimógena y el amor a la música.

“Que nadie entre aquí sin saber geometría y música”, rezaba un cartel sobre las puertas de la Academia. Me temo que no habrían aceptado a Rosa en aquel jardín, propiedad de Platón, consagrado a las Musas. El poder y la sabiduría emanan hoy de los votos. Basta con obtener el apoyo de unos millones de electores para acceder a una condición superior y adquirir los conocimientos arcanos del arte.